

EL DRAMA DE LOS EXILADOS CUBANOS

LOS QUE QUIEREN VOLVER A SU PATRIA

Por ERNESTO GONZALEZ BERMEJO

Fotos: LUC CHESSEX

(Corresponsales viajeros de Prensa Latina).



“Un hombre no puede vivir sin dignidad”.

(Narciso Raúl Muñoz Tejera)

MADRID.—

I

UN día dijeron: "Me voy. Esto no se hizo para mí". Y se fueron. Ahora están a sólo ocho horas de vuelo y frente a un imposible regreso a la Isla que dejaron.

¿Cómo viven? ¿Qué piensan? ¿Qué sienten? ¿Qué experiencias han hecho en esta tierra extraña? ¿Son vencedores o vencidos? ¿Qué vale más, lo que encontraron o lo que dejaron?

La primera sorpresa de la investigación la recibí en el Consulado cubano de Madrid. El cónsul Franco me mostró varias montañas de solicitudes de cubanos que quieren regresar a su país. Pero, ¿por qué? ¿No saben que no están autorizados los regresos? "Porque están desesperados, porque no quieren perder la esperanza de volver".

Quise comprobarlo y salí a buscarlos, a algunos cuartos de los oscuros alrededores de Madrid, a la cola del comedor del Auxilio Social, a las pensiones baratas, al Correo Central donde envían una carta más para Cuba, a los parques donde pasean con sus niños bajo este triste sol invernal, a sus lugares de trabajo.

Y le contaron sus historias a mi grabadora; historias que tienen mucho de común y son también singulares; que empiezan por aquella ruptura de cadenas imaginarias o la búsqueda de una vida más fácil, instigados por el triunfalismo epistolar de los que llegaron antes; siguen con el estupor del choque con una vida muy distinta a la que esperaban: el plato de sopa y el poco arroz del comedor público y concluyen en una caminata sin rumbo por estas calles que no les pertenecen, las calles de la soledad y del destierro que ellos mismos eligieron "porque estaba bueno ya de comunismo".

II

¿USTED SABE LO QUE VALE LA DIGNIDAD PARA UN HOMBRE?

Vive en un cuarto cerca de la Plaza de Toros, de dos por tres; una cama de hierro; en la pared, las fotos de sus hijas; un par de sillas. "Sin calefacción se pasa duro, no se crea". Se llama Narciso Raúl Muñoz Tejera, tiene 38 años. Llegó hace cinco meses y desde entonces tiene una sola obsesión: "Volver a Cuba, señor, como sea: en avión, en barco, nadando, pero volver". ¿Por qué? "Es una historia larga de contar, larga como todo lo que he sufrido".

—¿Cuándo salió usted de Cuba?

—Llegué a Madrid el 3 de septiembre de 1970.

—Y mirando hacia atrás, ¿cómo ve ahora su decisión?

—Como un error y grande, el error más grande que cometí en mi vida.

—¿Hay otros miembros de su familia fuera de Cuba?

—El único, por desgracia, que está fuera de Cuba, soy yo.

—¿Su familia es revolucionaria?

—Toda, señor, toda. Mi madre que pertenece al Partido; mi hermano más chiquito, que pertenece al Partido; el otro, el mayor, que es jefe de batallón en Oriente —nosotros somos orientales—; mi hermana que es responsable del INIT (Instituto Nacional de la Industria Turística) en Guanabacoa; mi padre, toda mi familia está integrada.

—¿Es casado?

—Sí, señor, tengo señora y tres hijas, que también están en Cuba.

—¿Usted hizo alguna gestión para regresar?

—Sí, señor. Fui al Consulado de Cuba y llené unas planillas explicando mi caso. Y también llevé a otros cubanos que estaban tan desesperados como yo. A los siete días de llegar fui al Consulado.

—¿Y cómo es posible que llevando sólo siete días en España usted se arrepiente de una decisión tan importante?

—Le voy a explicar: a mí me puso un pasaje un amigo y me dijo que aquí me arreglaba todos los gastos hasta que consiguiera trabajo. Usted posiblemente no me va a creer lo que le digo ahora.

—Vamos a hacer un trato: yo le creo a usted y usted no me miente a mí ¿de acuerdo?

—Cuando llegué, esos señores, que ya no le puedo llamar amigos, los mismos que me escribían maravillas; pues, sinceramente, me fueron dando de lado.

—¿Qué le escribían?

—Maravillas, infinidad de cosas.

—¿Qué cosas?

—Que yo podía resolver mi problema aquí, conseguir un buen trabajo; que después podía traer a mi familia —que de mi familia ninguno iba a salir— la única que podía salir, le voy a ser franco, era mi señora.

—¿Usted no tenía trabajo en Cuba?

—Sí, señor ¿cómo no?, un buen trabajo.

—Entonces ¿qué otras cosas le prometían?

—Bueno, que yo con mi oficio de mecánico textil podía tener aquí todo lo que quisiera.

—¿Más abundancia?

—Sí, más abundancia. De cosas que ahora yo, sinceramente, ya no las quiero.

—¿Y usted, en sólo siete días, ya se dio cuenta que no podía obtener esas ventajas materiales?

—Bueno, porque en cuanto llegué me di cuenta de cómo es este sistema, aunque yo respeto a este país porque me ha recibido aquí.

—¿Le costó conseguir trabajo?

—¿Trabajo? Mire, le voy a contar algo. A los 16 días de estar en Madrid para poder escribir a mi familia en Cuba y poder mandar las cartas que he mandado, tuve que salir y coger un cubo, un balde, como le dicen aquí; cogerlo de la habitación donde vivía, a escondidas de la patrona; coger, echar dos cami-

setas más que traje de Cuba y salir a las siete de la noche. Y digo: "el primer coche que yo vea de un señor le digo que se lo quiero limpiar y que me dé algo. Sali y me paré; un señor se bajaba de un coche y le digo: "¿usted me hace el favor y me permite que le limpie el coche?". Me miró de arriba a abajo y me dice: "si usted quiere". Busqué agua, limpié el coche y cuando el señor volvió, como a la hora, miró el coche y me dio cincuenta pesetas. Con esas pesetas pude mandar mis primeras cartas a Cuba.

—¿Conseguí habitación?

—Sí, conseguí un cuarto en una pensión.

—¿Y cómo se arregló para pagarlo?

—Bueno, porque di con una señora española muy buena. Pero yo no podía pagarle, claro; me esperó dos meses y un día me dice: "Mire, usted me perdona, pero yo no puedo esperar más, tiene que pagarme".

—¿Y entonces qué hizo?

—¿Y qué iba a hacer? Romperme la cabeza. Al final no tuve más remedio que ir a un organismo de ayuda a los exilados que está ahí, en la Avenida del Generalísimo; fui allí y me dieron para pagar la pensión.

—¿Después encontró algún trabajo?

—Hago así y digo: "de algo tengo que vivir". Empecé a trabajar en una cafetería de un señor que se llama Juan. Había buscado trabajo en la construcción y nada.

—¿Y en su oficio no encontró trabajo?

—No, señor, nada. Llegué a esa cafetería, le hablé al señor y le dije si necesitaba un cocinero; yo de cocina no sé mucho, pero, vaya, conozco algo. Voy y le digo si necesita un cocinero y me dice: "¿Usted es cubano?". Le digo: "Sí, señor, soy cubano", y dice: "No, cubanos yo no quiero".

—¿Y por qué no quería cubanos?

—Porque decía que los cubanos quedaban mal; porque él tenía noticias de que los cubanos hacían sus trastadas; por algo sería que él hablaba así. Pero yo le dije que conmigo la cosa sería diferente. Le digo: "mire, necesito trabajo, si usted me permite, yo hago una prueba y si a usted le conviene me deja y si no me bota". Entonces me dice: "Bueno, venga mañana y hablaremos". Cogi y fui al otro día bien temprano y me dice: "bueno, yo a usted lo voy a poner a trabajar, pero tiene que empezar por limpiarme la cocina. Si vale, pues ya veremos".

—¿Y empieza a trabajar?

—Empiezo a trabajar, catorce, quince, dieciséis horas diarias. Limpiando, sin mentirle, unas costras de este gordo. Allí empecé a entender, en la cocina —porque yo no soy un muchacho, soy una persona que tengo 38 años—, cada minuto, cada hora, la diferencia de lo que estaba viviendo, con lo que había vivido en Cuba.

—¿Qué era lo que usted estaba viviendo?

—Primero, esa experiencia en carne propia que le cuento. Y después oía hablar a la gente.

—¿Qué decía la gente?

—Mil cosas, que el capitalismo es así, que el patrón abusa del obrero, que es un explotador; se quejaban. Yo me preguntaba "¿qué hago aquí?". Este ambiente no es el que yo dejé en Cuba.

—¿Qué ambiente dejó usted en Cuba?

—Un ambiente de respeto al obrero. Algo completamente distinto, en todos los sentidos.

—¿Por qué?

—¿Por qué?, por una cosa muy sencilla y muy grande, porque en Cuba hay una Revolución.

—¿Y qué cree usted que ha traído esa Revolución?

—Bueno, mire, en Cuba se acabó la corrupción, el descaro, la sinvergüencería, el engaño, la explotación; todo eso se acabó allá. Y yo estoy convencido de eso. ¿Que hay muchos cubanos allá que lo comprenden? De acuerdo. ¿Sabe por qué? Porque no se sabe lo que se tiene hasta que se pierde, como lo he perdido yo. Lo tienen y abusan: algunos han tomado la libertad como libertinaje.

—¿Usted sabe que en Cuba está en trámite una ley contra los vagos?

—Bueno, he leído algo de eso.

—¿Qué usted cree?

—Pues, al que no se le abra la mente; al que no comprenda que hay que trabajar y echar "alante" aquello... que venga esa ley, señor; me parece muy bien.

—Tengo una duda. Si usted hubiera podido solucionar su situación económica con cierta holgura aquí ¿Pensaría igual? ¿Desearía de todos modos regresar a Cuba?

—Sí, señor, de todos modos. Usted no me dejó terminar, y perdone. Yo dejé aquella cafetería. Trabajé en el bar "La Marina" y quiero decirle que el dueño de allí me quedó a deber 14 mil pesetas, que ya llevé el asunto a la Magistratura del Trabajo. Pero después encontré un señor, una gran persona, sin desdorar a los presentes, un hombre que me respeta y hasta me ha hablado bien de Cuba. Ese señor me dice: "mire, usted tiene conmigo su problema económico resuelto: yo le voy a dar tal cantidad de miles de pesetas para que usted se haga cargo de todo esto. El tiene un negocio de máquinas traganíqueles. Como veinte máquinas tiene. Y eso se llena de chicos y chicas, como se dice aquí, que tiene que ver cómo es aquello. Vaya que yo empiezo hace poco a trabajar allí y mi situación económica se arregla, aunque todavía no he podido mudarme de aquí porque los alquileres son muy caros.

—¿Y entonces?

—¿Entonces? Sinceramente esto se lo digo de corazón y se lo he escrito a mi familia; si me dicen ahora: "Usted tiene un coche ahí en la puerta, tiene un edificio ahí, es suyo; el dinero que usted quiera y si, por otro lado, tengo que ir a Cuba a cortar caña veinte años, a lo que sea; preso, si usted quiere. Me voy a Cuba hoy mismo. Allá es donde tengo que pagar mi falta.

—¿Dónde trabajó usted en Cuba?

—En Cuba trabajé en el "Sello de Oro", que tengo un hermano allí que pertenece al Partido; trabajé en "Industrial Salinas", en San José de las Lajas, como Jefe Mecánico.

—¿Dónde vive su familia?

—En la casa que yo tenía; mi esposa y mis hijas siguen viviendo allí.

—¿Sus hijas estudian?

—Las tres, sí señor. La mayor está en sexto grado, la otra va para quinto y la más chiquitica está en segundo.

—Por lo que usted me dice escribe con frecuencia a Cuba...

—He escrito más de cincuenta cartas.

—¿Puedo saber lo que escribe?

—La verdad. Escribo la verdad a gente que yo sé que tiene idea de salir y les digo: "piensen lo que van a hacer, después no quiero lamentos". Mire, yo sé de gente aquí que se sacó fotos en colores al lado de un carro deportivo, que por supuesto no era de ellos, gastándose las únicas pesetas que tenían en las fotografías. Y las mandaron a Cuba, señor; esas son mentiras. Y en esas mentiras caí yo, como cayeron muchos otros.

—Si a usted se le autorizara a regresar a Cuba, ¿qué haría allá?

—Lo primero, mire, lo primero que haría... yo le escribí una carta a mi hermano que es del Partido y le digo que yo llego a Cuba y voy a la prensa, a la radio, a la televisión, casa por casa, comités, seccionales, fábrica por fábrica, diciendo la verdad: muchas cosas que aprendí en este tiempo y que las voy a expresar en Cuba.

—¿Y después?

—Después a trabajar; trabajar donde el Gobierno disponga, si es en mi oficio, en mi oficio; si es en el campo, en el campo; donde sea.

—Usted salió de Cuba hace sólo cinco meses, usted sabe que en Cuba se enfrentan dificultades...

—Las dificultades ya no me importan, si las tengo que pasar en mi Patria. Estoy dispuesto a enfrentar todo lo que se presente.

—Yo aquí he visto las vidrieras llenas de jamones, de pollos...

—... y de carne, sí, y perdone que lo interrumpa. Pero aquí no son muchos los que llegan a esas cosas. Aquí se come mucha tortilla, mucho huevo, señor. No todos llegan a lo que usted ve en las vidrieras. Aunque hay otros que pueden hartarse.

—¿Y en Cuba?

—Allá habrá mucho o habrá poquito, pero todos comemos parejo. Yo le digo: chicharos, pero en mi Patria.

—¿Qué es lo que va usted a buscar a Cuba, entonces?

—Voy a buscar la tranquilidad que necesita un ser humano: estar con mi familia, en mi Patria y luchar, si se me permite, por un ideal digno que una vez no supe comprender. Después del tiempo más malo que pasé, a mí no me ha faltado un plato de comida, pero mire usted, yo llegué aquí pesando 176 libras y ahora peso 118, porque la angustia no me deja vivir; a mí no me ha faltado un jersey, como le dicen aquí, no me ha faltado un par de zapatos...

—¿Qué le ha faltado?

—La dignidad, sin la cual un hombre no puede vivir.

—¿Qué me dice de las actividades de los contrarrevolucionarios? Dicen que están preparándose para invadir Cuba.

—Sí, aquí vino un caballero, si se le puede llamar así, y escribió un artículo donde decía que iba a invadir Cuba.

—¿Torriente?

—Ese, un señor Torriente. Yo recorté el artículo y se lo mandé a mi familia —y esto a mí me ha dolido mucho porque estoy tan

lejos— y le digo a mi padre, "si ese día llegara y ese señor se atreviera a hacer lo que dice, lo más que yo quisiera es estar en mi Patria esperándolo con un fusil, si algún día yo vuelvo a merecer un fusil de la Revolución.

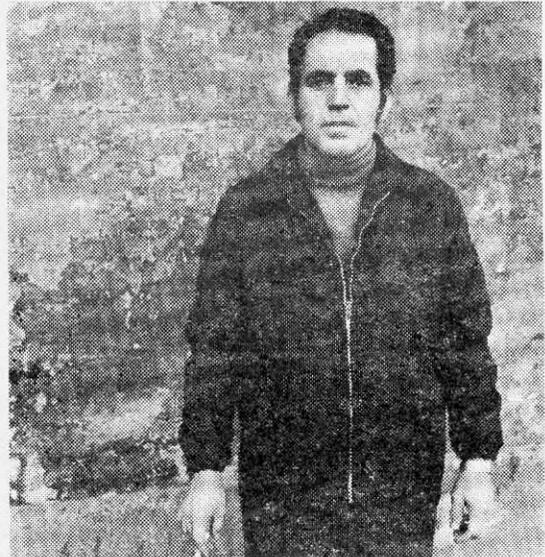
—A mí me entra una duda. ¿Usted cree que esa gente que está esperando para salir de Cuba crea lo que usted me dijo en esta entrevista?

—Yo quisiera que lo creyeran todos, pero ¿sabe lo que va a pasar? Una parte lo va a creer, otra no; dirá: "mira eso, pura propaganda de los comunistas; esos son del mismo Gobierno y prepararon la cosa. La que dice la verdad es "La Voz de las Américas". Bueno, a esos que no se convencen, que vengan y que se den la cabeza contra la pared como me la estoy dando yo. A ver si así aprenden.

III

ESAS COLAS PARA COMER, Y CON EL FRÍO, SON TEMIBLES

Era el "último" de la cola del comedor del Auxilio Social. Lo invité a conversar y fuimos hasta una cafetería cercana. Rolando Sánchez Quintana lleva siete meses en Madrid y "he pasado las mil y una noches, caballero".



"El que se mantenga del comedor, suelta un pulmón" (Rolando Sánchez Quintana)

—¿Cómo es eso de las colas para comer?

—¿Esas colas? Son temibles. Y con el frío, no le digo nada.

—¿A qué hora empieza la cola?

—Bueno, el almuerzo lo empiezan a servir a las once, pero ahí hay gente desde las nueve y a veces antes.

—¿Y hasta qué hora se almuerza?

—Ya a las tres cierra. Por ejemplo yo voy ahora... ¿Qué hora usted tiene?

—Las 12 y 25.

—Ya posiblemente yo no pueda comer. Por toda la gente que hay antes.

—¿Y por la tarde? ¿A qué hora empieza la cola?

—Por la tarde a las cuatro, más o menos y a las cinco abren y es hasta las siete menos cuarto.

—Pero en tan poco tiempo, hay gente que se queda sin comer.

—Sí, como no.

—¿Y qué tal es la comida?

—Imagínese, una comida. ¿Qué le voy a decir? Un plato de sopa, una cucharada de arroz y alguna otra cosita como sardinas, a veces. Seguro: como la gente es tanta...

—¿Pero da para sostenerse?

—¡Qué va! El que se mantenga del comedor ese suelta un pulmón, seguro. Yo recibo una ayudita de unos hermanos que tengo en Puerto Rico y salgo a reforzar fuera.

—¿Le dan desayuno?

—Desayuno no dan, eso se lo tiene que resolver usted. Por eso hay muchos que tratan de comer lo más tarde posible para llegar mejor hasta el otro día. ¿Me entiende?

—¿En qué trabaja?

—Estoy sin trabajo.

—¿Ha buscado?

—¿Si he buscado? Todo tipo de trabajo. Como chofer no puedo —yo era chofer en Cuba— porque para trabajar como chofer aquí hay que pasar un curso especial y el curso hay que pagarlo. ¿Y con qué? Encontré un trabajo de dar pico y pala, pero no pude seguir, porque yo tengo un problema viejo de la columna vertebral. Así que sigo sin trabajo.

—¿Y su situación en Cuba cómo era?

—Mire, señor, del día a la noche. Yo trabajaba como chofer, entre una quincena y otra sacaba ciento y pico de pesos, tenía casa propia, no pagaba alquiler y allí vivía con mi señora que entre casamiento y noviazgo llevamos 24 años juntos. Si necesitaba un médico, tenía el hospital ahí, todo. Ya le digo, del día a la noche.

—¿Y por qué salió de Cuba?

—Esos hermanos que tengo en Puerto Rico, que me embullaron, "que ahí iba a tener más campo, más horizonte, que podía hacer negocios".

—¿Y usted piensa seguir para Puerto Rico?

—Ni loco.

—¿Qué piensa hacer?

—Volver para Cuba. Ya llené mi planilla en el Consulado. Y ahora, si me perdona, vuelvo a la cola porque sí no...

—Coma algo con nosotros.

IV

LO QUE HE PASADO NO SE LO DESEO A NADIE

María Limonta andaba buscando a Dios, pero, según creía, Dios no vivía en Cuba; andaba buscando un porvenir seguro y cristiano para la hija que iba a nacer y una vida —¿por qué no, verdad?— más cómoda. "Hace seis meses llegó a Madrid y lo que quiere es "regresar a Cuba lo más rápido posible". Porque, dice: "Mire: en seis meses, pasando lo que yo pasé, se puede aprender más que en toda la vida".



"Ahora yo prefiero que mi hija se críe en el comunismo..."
(María Limonta)

—¿Por qué se fue de Cuba?

—¿Sinceramente? ¿Al grano?

—Al grano.

—Porque yo era católica.

—¿No se puede ser católico en Cuba?

—Eso creía yo.

—¿Por algo más?

—Yo estaba en estado, iba a tener una hija y no quería que mi hija se criara en el comunismo.

—¿Alguna otra razón?

—Las dificultades. Quería que mi familia y yo lleváramos una vida más cómoda.

—Bueno, vamos por parte. Usted vive en un Estado católico, nada comunista por cierto; por lo que yo he visto por aquí hay bastante ropa y comida y usted quiere regresar a Cuba, según me ha dicho. Sinceramente: no entiendo.

—No entiendo, porque no ha pasado lo que pasé yo. Vamos por partes, como usted dice.

—¿Por dónde empezamos?

—Vamos a empezar por el nacimiento de mi hija. Yo di a luz en la Casa de la Madre, aquí en Madrid. Había venido de Cuba en estado y di a luz aquí. En la Casa de la Madre hay dos plantas; en la planta alta van las personas, vaya, que no pueden pagar y a la planta baja van los que pagan. Yo estaba de parto y el quirófano, como le dicen ellos, que es la sala de partos, donde se da a luz, estaba ocupado con una persona de las que

pagaban. Bueno, la atendieron a ella. Yo seguía de parte. Cuando terminaron con la primera entraron a otra de las que pagaban, que llegó mucho después que yo. Yo me empecé a poner negra de la cintura para arriba; negrita, negrita. No aguantaba más. Por poco se me muere la criatura; estaba abocada y, naturalmente, necesitaba ayuda para salir. Allá, cuando terminaron con todas las que pagaban, me atendieron a mí. ¿Va entendiendo algo?

—Algo.

—Deje que le siga contando. Como yo estaba tan apretada para comprarle la leche a la niña —no tengo un “quilo prieto”, como decimos en Cuba— fui a la Iglesia a que me ayudara con la leche. ¿Y sabe lo que me dijeron? Que ellos no podían costear la leche de mi hija. Entonces tuve que darle una leche más económica. La niña, naturalmente, por tener un mes y medio, no podía soportar aquella leche que era de papilla que se le empieza a dar a los niños de cinco meses. Y se me enfermó.

—¿Cómo se las arregló?

—Tuve la suerte de que la madrina de la niña trabaja en un sanatorio. Porque le digo, a un médico no se puede ir. ¿Y la farmacia? Ni la mire. Entonces la madrina habló con el médico y me dio un número de teléfono para que lo llamara. Yo creí que iba a venir a verla o que yo se la iba a llevar. Pero ¡qué va! Por teléfono me dijo que le dijera qué síntomas tenía la niña y yo voy y le digo: “Esto, esto y esto, doctor”. Le dio las recetas a la madrina de la niña y ella fue la que me compró las medicinas.

—¿Usted no tiene amistades en Madrid o en los Estados Unidos?

—¿Amistades? Bueno, ya no sé si puedo llamarlas así. Pero de nombres y direcciones tengo una libreta de este tamaño; gente que está en los Estados Unidos.

—¿Le escribían instándola a que saliera de Cuba?

—Cartas y cartas. Ellos fueron los que me pintaron los cuadritos de colores. Y me prometían ayuda, lo que fuera. La que menos ayuda me prometió, me prometió cincuenta dólares en cuanto yo pusiera un pie en España.

—¿Y recibió alguna ayuda?

—Ni cinco dólares. Y mire que he escrito, que he llorado, que he pedido. Le escribí a todo el mundo. Todavía estoy esperando. Nadie me ha contestado.

—¿Les guarda rencor?

—¿Sabe que no? Porque yo me digo: “Seguro que ellos no la están pasando mejor que yo”.

—Y de los otros exilados cubanos que hay aquí ¿recibió alguna ayuda?

—¿De los cubanos? ¡Pero si el que más el que menos está en lo mismo! El que no quiere regresar es por orgullo o porque tiene la familia en los Estados Unidos y entonces ¿qué dicen? “Estaremos mal en los Estados Unidos, pero por lo menos estamos al lado de la familia”.

—Pero habrá alguna gente que habrá progresado económicamente aquí, ¿no?

—Si la hay yo no los he visto. Yo lo que veo es que la cola del comedor del Auxilio

Social ese, es cada día más grande; y llueve y neva y truena y de todo y de todo el mundo sigue haciendo la cola, porque si se va de la cola se queda sin comer.

—¿Su esposo está en Cuba?

—Está en Cuba.

—¿Piensa venir a reunirse con usted?

—Pensaba, pero ya retiró la solicitud de salida. Yo le he escrito mucho.

—¿Qué le ha escrito?

—Bueno, todo lo que he pasado. Y las cosas que he aprendido, a los golpes. Que aquí se dicen muy católicos, pero hay que ver lo que cobran para que un niño estudie; que las cosas están en las vidrieras y ahí se quedan si usted no tiene una peseta en la cartera, como no tengo yo; que ahora yo prefiero que mi hija se críe en el comunismo y cuando se enferme tenga un médico y que tenga un estudio, tenga una carrera y que no esté aquí donde yo nunca podría costearla y el día de mañana no sería nadie. Qué sé yo: veinte cosas le he escrito a mi marido.

—¿Usted sigue siendo católica?

—Sinceramente, sigo siendo católica.

—¿Y no le preocupa regresar a Cuba siendo católica?

—Ya no. Ahora entiendo que se puede ser católico en Cuba, porque ahí están las Iglesias abiertas, el que quiere ir a misa va a misa, el que quiere bautizar un hijo lo bautiza. Pero yo allá había caído en la matraquilla esa: “esto es comunismo, esto es comunismo y aquí se persigue la religión”, ya sabe usted.

—¿Y tampoco le asusta el comunismo?

—Mire, yo he pensado mucho. Me he tirado en la cama, en mi cuarto y he pensado mucho ¿Qué quería Jesús? ¿Qué quería Dios? Que los hombres se amaran y se ayudaran. ¿Eso no es lo que está sucediendo en Cuba? Hay que pasar por todo lo que he tenido que pasar yo para comprender que si el comunismo era lo que quería Dios, pues, señor, entonces vamos al comunismo; porque ¿vamos a llamarnos católicos y vamos a vivir como se vive en el capitalismo?

V

QUE DESTINO: ALLA “GUSANA”; AQUI “COMUNISTA”

Coralía Gutiérrez es un caso especial: salió de Cuba por un “problema de índole sentimental que después, lamentablemente, se frustró”. Siempre estuvo, dice, identificada con la Revolución, luchó por ella, “como lo pueden atestiguar muchos compañeros en Cuba”.

Aquí se ha convertido en una especie de refugio de cubanos de “los que quieren volver”, “desesperados”, que no saben a dónde acudir y “vienen a mi casa a pedirme protección, consejos”. “Como les digo yo: ¿Pero quiénes creen ustedes que es Coralía, caballeros?”.

La han citado varias veces de Sanjurjo 47, en Madrid. Una extraña oficina que interroga a los exilados en cuanto pisan España: “¿Qué sabe usted de la situación allá? ¿Hay descontento con el Gobierno? En su centro de trabajo, ¿qué problemas había? ¿Conoce el emplazamiento de bases militares?”. En



"Allá gusana, aquí comunista".

(Coralia Gutiérrez)

Sanjurjo acusaron a Coralia de "proteger comunistas":

"¿Quiénes son esas personas que van a su casa? ¿De dónde los conoce? ¿Qué van a hacer allí? ¿De qué conversan?"

"Les dije: son cubanos y están desesperados por regresar a su Patria; igual que yo". "Imagínese qué destino el mío: allá "gusana" y aquí "comunista".

VI

ES QUE QUIERO DARLE UN SENTIDO A MI VIDA

Es hijo de un hacendado cubano afectado por la revolución. Se llama Guillermo Cavada. Salió de Cuba a los 14 años: "Me había hecho un antifidelista rabioso". Vivió cinco años en los Estados Unidos, lleva cuatro en España y tiene una buena historia que contar. "¿Por qué quiero regresar a Cuba? Bueno, porque creo que es el país de la esperanza, el único donde puedo salvarme; llegar a ser un revolucionario, si no es mucho pretender".

—¿Qué hace usted en Madrid?

—Estudio Filosofía y Letras y doy lecciones de inglés. Con eso voy viviendo.

—¿Qué edad tiene?

—23.

—¿Qué edad tenía cuando salió de Cuba?

—Tenía 14 años.

—¿Sus padres qué hacían?

—Pues, mi padre era ganadero, en Oriente; yo soy de Santiago. Tenía una finca; la Revolución le quitó un pedazo y entonces salió: lo clásico.

—¿Usted salió por España o por Estados Unidos?

—Por Estados Unidos. Viví allí casi cinco años.

—¿Dónde residía en Estados Unidos?

—Primero en Miami, unos siete, ocho meses; luego fuimos a Chicago, no al mismo Chicago sino a una ciudad que queda en los suburbios que se llama Lagrange y allí viví hasta que vine para España.

—¿Qué pensaba usted de la Revolución Cubana, cuando vivía en Miami?

—¡Imagínese! Yo era un antifidelista perdido. Es claro que uno a los 14 años no tiene opinión propia; mi padre era un antifidelista rabioso y, claro, yo también lo era.

—¿Y en Chicago?

—En Chicago viví entre americanos, no había cubanos allí. Estudié bachillerato.

—¿Qué experiencias hizo allí? ¿Qué opinión se formó de la sociedad norteamericana?

—Bueno, mire, yo de principio estaba bastante americanizado. Pero las realidades son siempre iguales, uno no se empieza a preocupar hasta que no le toca a uno. Y a mí me tocó cuando me llamó el Ejército. Yo me cuenta que no me sentía americano. Me había americanizado subconscientemente en una serie de cosas; por ejemplo, me quería vestir igual que ellos porque uno vivía en una sociedad así y quería ser aceptado. Pero cuando me preguntaban "¿Qué eres?". Yo nunca decía americano.

—¿Y cuándo le llegó la llamada del Ejército?

—Pues realmente me picó, porque decía yo por un país que no estoy nacionalizado, ni que realmente siento nada; yo no puedo ir al Ejército ¿no? También tenía choques en mi casa, por mis ideas.

—¿Ideas políticas?

—No, por ideas religiosas.

—¿Sus padres son católicos?

—Católicos. Y yo soy ateo. Pero conflictos políticos no teníamos porque yo no era anti-norteamericano, todavía. De la política no me preocupaba para nada.

—Entonces, cuando a usted lo llaman al Ejército...

—Tres días antes de tener que presentarme al examen médico salí para Madrid.

—¿Y qué significó para usted llegar a España?

—Bueno, España me ayudó, ¿cómo le diré?, a reconocerse a mí mismo; porque yo vivía entre americanos, era latino y ya sabe usted cómo ven allí a los que no son americanos.

—¿Cómo los ven?

—Yo estuve, como le dije, en una escuela de bachillerato y, vamos, un sector me aceptaba pero había otro, con muchos prejuicios: que los cubanos, los mejicanos, los portorri-

queños, son gente como de segunda categoría.

—¿Y eso cómo lo explica usted?

—Bueno, yo no sé si usted sabrá que los americanos son muy ignorantes. Ellos, por ejemplo, creen que los españoles, los argentinos, los bolivianos, son todos la misma cosa. E los les llaman "spanish".

—Póngame un ejemplo.

—¿Un ejemplo? Bueno, me acuerdo que vi una película americana y la estaba comentando con unos primos míos allá. La película presentaba a los españoles, cuando la conquista de México, con sombreros grandes y facciones indias. Y los espectadores como si tal cosa.

—¿Y en cuanto al sistema de enseñanza?

—Puedo decirle que la formación que yo traía de allá no me ha servido de nada aquí en España. Por eso he tenido que repetir el año. La formación cultural es muy pobre en arte, en historia, en literatura, en todo.

—¿Se tiende a la especialización?

—Eso; pero el hombre sigue siendo un ignorante. Es como decía un amigo mío: "los americanos cuando son oculistas son un ojo", pero ya no le hable de la nariz porque no le saben decir nada.

—¿Y cómo vive un norteamericano medio? ¿De qué se preocupa?

—Del dinero, única y exclusivamente del dinero. En Estados Unidos todo el mundo vive en tensión. La gente no habla, es muy callada, se reserva todo. Llegar a una amistad es muy difícil. El egoísmo que hay es muy grande y el dinero siempre se mete por el medio. Dos gentes están comiendo y piensan: "¿Bueno, éste va a pagar o voy a pagar yo?". La gente se ha hecho esclava del dinero; pero realmente, en todo el sentido de la palabra. Se lo digo yo, que he vivido entre americanos mucho tiempo: están todos alienados.

—¿Y cómo se ven los norteamericanos a sí mismos?

—Es que allí funciona un "lavado de cerebro" desde la cuna, le diría yo. El americano, todo el americano, en todos los niveles sociales y económicos que usted encuentre, está convencido de que su país es el "no va más". Ellos son siempre los buenos y los demás los malos. A ellos no se les ocurre preguntarse si ellos no serán los malos, alguna vez. Son americanos, pertenecen a un "país libre", que "lucha por la democracia en el mundo" y el resto del cuento. Los demás son los malos: los vietnamitas, los rusos, los chinos. No salen de ese esquema.

—Usted entonces llega a España...

—Llego a España y empiezo a trabajar como oficinista en unos supermercados. Después descubro que con la enseñanza del inglés puedo ganar mejor y no tengo que soportar al señor jefe.

—¿Qué modificación sufren sus ideas?

—Una modificación grande.

—¿Debido a qué?

—Pues más que nada a conversaciones. Los españoles me enseñan a ver a Cuba y a Fidel de otra manera. Conversaciones que tengo con otros estudiantes, con gente que



"Creo que cada país latinoamericano hará la Revolución por su propio camino".

(Guillermo Caveda)

comía conmigo en la pensión. Hago algunas lecturas y pienso, sobre todo, pienso mucho. Fue un proceso largo y difícil para llegar a estas ideas que tengo ahora.

—¿Y cómo definiría usted sus ideas actuales?

—¿Respecto a Cuba?

—Si usted quiere: respecto a Cuba.

—Bueno, no le quiero sonar muy revolucionario, porque donde creo que uno puede llegar a ser revolucionario es viviendo allá. Lo que más me vale de Cuba es ver que el Gobierno está haciendo un esfuerzo real, un esfuerzo sincero por levantar aquello, por sacar al país del subdesarrollo.

—¿Y qué iría usted a buscar a Cuba?

—Iría a darle un sentido a mi vida. Es que yo creo que una persona para realizarse como persona debe identificarse con alguna sociedad. O sea uno no puede trabajar para uno mismo nada más; decir: "bueno, voy a mi casa, trabajo, llevo el sueldo y como y voy al cine". Yo creo que uno tiene que identificarse con la gente que tiene a su alrededor, tener una finalidad común.

—¿Y eso usted no lo ha encontrado en el capitalismo?

—No, he encontrado todo lo contrario: que cada uno va por su lado, enfrentándose a los demás. Hay competencia y no colaboración. Esa es la pura realidad.

—¿Y cómo ve usted el camino hacia el socialismo que ha escogido Cuba?

—No sé quién dijo, algún escritor, que la ideología suele caer en política y la política caer en administración. Lo que más me interesa del camino de la Revolución Cubana es el de la política, que no ha caído, ni pienso yo que caerá, en el de la burocracia.

—Tengo una duda: usted de ir a Cuba se encontraría con una realidad dura, de sacrificios, no se sale del subdesarrollo por un camino de flores. ¿Cree que podría soportarla?

—No me asustan esas dificultades. Traté de explicarle que hay cosas más importantes para mí. Aspiro a ser un revolucionario

y no un revolucionario de café. No sé si me entiende usted...

—¿Qué haría en Cuba?

—Me gustaría estudiar pedagogía y enseñar lo poco que sé.

—¿Cómo usted interpreta la actitud contestataria de las juventudes de las sociedades de consumo?

—Pues, esas juventudes tienen todos los problemas materiales resueltos, hasta lujos si se quiere, pero, desde luego, ellos buscan otra cosa.

—¿Qué buscan?

—Creo que lo que buscan es dignidad. Algo más que vivir por vivir.

—¿Y cómo ve usted a los hippies?

—Bueno, yo no sería hippie.

—¿Por qué?

—Porque yo no huyo de la sociedad; luchar con ella, contra ella, como sea, pero estar dentro. Y el hippie se separa. Pero yo no los critico, me los explico: sin gente que tiene problemas de adaptación provenientes de la misma sociedad; traumas, que no han podido superar. Yo no puedo culpar a los hippies; culpo a otras cosas.

—¿Cómo usted ve las posibilidades revolucionarias de América latina?

—La misma esperanza que tengo en Cuba la tengo en América latina: cada país, por sus caminos, hará la revolución. Tengo confianza en la juventud latinoamericana; como ahora también la tengo en la juventud de los Estados Unidos. Es una juventud que despierta. Mire, hace cinco, seis años, cuando yo estaba en el bachillerato, en Chicago se hizo una encuesta sobre la intervención en Vietnam: el 92 por ciento de los estudiantes dijo que estaba de acuerdo. Hoy, ya ve usted ese imponente movimiento de oposición a la guerra que hay en la juventud americana.

—¿Qué piensa del triunfo de Allende?

—Que está muy bien. Creo que cada país latinoamericano hará la revolución por su propio camino. Lo de Cuba puede o no repetirse. Si lo de Allende es el camino chileno, pues, que está muy bien. Como, en circunstancias distintas, están muy bien los "Tupamaros" en el Uruguay, que son sorprendentemente buenos.

—¿Qué es para usted el Che?

—Es el símbolo de la América latina de hoy; una América que está dispuesta a todo por conseguir la libertad, la realización de sí misma. El Che estaba casado, tenía cuatro hijos, había hecho una Revolución, sin embargo no se acomodó, dejó eso atrás y siguió hacia adelante; fue de esos hombres que no se paran. Por eso creo que se identifica bastante con el hombre que se trata de formar en Cuba: el hombre del siglo XXI.

VII

SE NECESITABA SER UN DESPISTADO PARA HACER LO QUE HICE

Nombre: Julio Rabago. Tenía una cafetería en el Vedado. Se la intervinieron cuando la ofensiva revolucionaria. "Mis amigos me embullaron: Allí puedes poner otro negocio;



"Sistema como el que hay en Cuba no lo encontraré en ningún otro país".

(Julio Rabago)

vas a tener todo lo que quieras". Lleva ocho meses "pasando trabajo" y "lo que es peor no puedo ahorrar ni una peseta para el pasaje de regreso; vaya, si se autoriza".

—¿Qué hacía en Cuba?

—¿Después de la Revolución?

—Sí, después.

—Era propietario desde el año 59 de la cafetería "Mi Casita".

—¿Dónde estaba ubicada?

—En 1.a entre B y C, en el Vedado. Me la intervinieron en el año 64.

—¿Y después qué hizo?

—Pasé a trabajar de cajero en el restaurant "Día y Noche", que es del INIT, en 10 de Octubre y Estrada Palma, en la Vibora.

—¿Qué lo decide a irse de Cuba?

—Bueno después que me intervinieron el negocio, ya sabe cómo es eso, mis amigos empezaron con que "acá no se puede vivir", que "hay que irse", que "allá vas a tener tu negocio, todo lo que quieras".

—¿Y usted les hizo caso?

—Hay que ver cómo se mete ese bicho en la cabeza. Aunque yo no estaba decidido del todo, veía las cosas buenas de la Revolución.

—¿Estaba en una contradicción?

—Eso, en una contradicción.

—¿Y qué fue lo que inclinó la balanza?

—¿La verdad? Que yo no tuve el valor que tiene que tener un hombre para estas cosas. Me pagaron el pasaje y vine con esos amigos.

—¿En qué trabajó aquí en Madrid?

—En mil cosas: clasificador de botellas en una refresquería, qué era horrible aquello; vendiendo legumbres, judías, esas cosas; después en una cafetería y ahora estoy de peón en una fábrica.

—En la cafetería que usted tuvo en Cuba ¿tenía empleados?

—Sí, tenía siete.

—En cierto modo ahora le tocó a usted vivir el papel que tenían ellos.

—Sí. ¿Y quiere que le diga una cosa? Me siento más obrero que nadie, yo que fui dueño. ¡Eso de que uno tenga que trabajar para que otro se eche el dinero en el bolsillo!

—¿Qué pasa en Cuba con el obrero?

—Que el obrero trabaja, sí, pero trabaja para el país, trabaja para todos. Es muy distinto: si tenemos algo lo tenemos todos y cuando nos falta algo nos falta a todos. ¿Entiende usted?

—¿Dónde vive usted en Madrid?

—En un piso dividido a la mitad con una señora y su hija.

—¿Lo que gana le da para vivir?

—Para vivir muy justo. Lo que lamento es que no me sobra una peseta para ahorrar para el pasaje a Cuba, si viene la autorización de que yo regrese.

—¿Tiene familia en Cuba?

—Padres y hermanos, sí señor.

—¿Algún otro familiar suyo piensa salir del país?

—Un hermano. Trabajaba en el "Tropicana"; usted sabe que antes de la Revolución aquello era un antro de corrupción, de juego, todo eso. Después no se adaptó y pidió la salida.

—¿Para dónde?

—Para Estados Unidos. Imagínese: tiene tres hijas y las quiere meter en ese infierno que son los Estados Unidos. Pero si yo llego a tiempo él no se va, se lo aseguro.

—¿Por qué?

—Porque yo puedo cogerlo y explicarle más de cuatro cosas, unas cuantas realidades poderosas que conozco bien.

—¿Así que usted quiere regresar a Cuba?

—No veo el momento. Se necesitaba estar tan despistado como estaba yo para hacer lo que hice.

—¿No se arrepentirá después?

—¿Arrepentirme? Mire, yo sé que soy un hombre con poca cultura, pero lo que aprendí en estos meses lo aprendí para toda la vida: sistemas como el que hay en Cuba no lo encontraré en ningún otro país; como no sea un país socialista y socialista de verdad, como es Cuba.

—¿En qué está dispuesto a trabajar en Cuba?

—En lo que sea.

—¿Cortar caña?

—Que cuando baje del avión me den un machete y me digan: "por aquí".

VIII

YO A LOS ESTADOS UNIDOS NO SIGO

Encontré a Vivian, 11 años, caminando con sus padres por el Parque de La Cibeles. La había seguido, algunas cuerdas, desde el comedor para exilados de la calle Santa Catalina. Resultó ser una cubanita, pionera, "seguidora del Che", que llora por volver a Cuba.



"Ya no quiero seguir para los Estados Unidos".
(Vivian Cabrera Paredes)

—Y entonces ¿qué haces aquí?

—Vine con mis padres, en octubre del año pasado.

—¿Por qué vinieron?

—Porque yo tenía ganas de ver a mi tío que hace cuatro años que está en Estados Unidos.

—¿Ibas a la escuela en Cuba?

—Sí.

—¿A qué escuela?

—A la Gustavo Pozo.

—¿Eras buena alumna?

—Sí, era; siempre he salido vanguardia en todos los cursos.

—Y aquí en Madrid ¿vas a la escuela?

—No, no puedo ir; y a mí me gusta mucho ir a la escuela. Yo le escribí a mi tía para que vaya a mi escuela en Cuba y pida las lecciones para no atrasarme.

—¿Y por qué no vas a la escuela aquí?

—Porque como mi papá no ha conseguido

trabajo y cobran 300 ó 400 pesetas, no sé, no me admiten en la escuela.

—¿Y qué te gustaría ser?

—Enfermera.

—¿Enfermera? ¿Por qué?

—Porque las amiguitas mías decidieron ser enfermeras y entonces yo también quiero ser enfermera.

—¿Tú te escribes con ellas?

—Sí.

—¿Qué te mandan decir?

—Que me extrañan mucho; que vuelva pronto para allá.

—¿Y qué has visto en Madrid? ¿Has ido a algún lado?

—Sí, al Parque del Retiro y esas cosas.

—Es muy lindo el Parque del Retiro ¿eh?

—Sí, pero a mí me gusta más el Zoológico de La Habana.

—¿Tienes más familiares en Cuba?

—Sí, mi abuelo, que yo me crié desde chiquita con él; y me paso todas las noches llorando, porque hace cuatro meses que no lo veo.

—¿Y tu abuelo qué te manda a decir?

—Que me extraña mucho y que... porque mi tía toca guitarra y desde que nos fuimos no le deja tocar la guitarra a mi tía.

—¿Eras pionera?

—Sí, era pionera y el día antes de yo salir, iba a pedir la baja de la escuela y me habían sacado "Seguidora del Ché". Que me tenían que presentar ese día en el escenario y no pudieron, porque yo fui a buscar la baja.

—¿Y el maestro habló contigo?

—Sí, habló.

—¿Y qué te dijo?

—Me habló de la Revolución, de que en Cuba no había que irse, que yo era muy buena alumna y todas esas cosas.

—¿Y tú te sentías revolucionaria en Cuba?

—Sí, me gustaba el Gobierno.

—Y si tu papá no trabaja ¿de qué viven acá?

—Mi tío nos manda dinero de Estados Unidos. Vaya, algo nos manda.

—Estás gordita, parece que andas bien de salud.

—Yo creo que sí. Aunque en Cuba yo tenía un tratamiento. Yo iba mucho al médico, al Hospital Infantil.

—¿Y seguiste el tratamiento aquí?

—No, no he podido ir porque mi papá no puede pagar.

—¿Y no hay un servicio médico gratuito para los exilados?

—Sí, pero mi mamá dice que ahí no me lleva porque tratan con mucha grosería a los cubanos; eso dice mi mamá.

—¿Y te has hecho amiguitas españolas?

—No, que va, si aquí cuando tu dices que eres cubano, te hacen así y te miran de arriba a abajo.

—¿Por qué?

—Yo no sé por qué.

—Así que tú querías ver a tu tío que está en Estados Unidos, ¿por eso saliste de Cuba?

—Sí, pero ya no quiero seguir para los Estados Unidos.

—¿Por qué?

—Porque a mí no me gustan los Estados Unidos; porque allá los policías le entran a

golpes a los hombres y esas cosas: yo lo vi en los noticieros.

—Entonces no vas a poder ver a tu tío.

—Sí mi tío me quiere ver, que vaya él a Cuba.

—¿Y tú, por qué quieres regresar a Cuba?

—Porque a mí me parece que como mi Patria no hay nada.

Los padres de Vivian, José Cabrera y Ambrosia Paredes, que nos han dejado conversar solos, se acercan a nosotros:

—Perdone, pero ustedes vinieron a España para seguir a Estados Unidos ¿solo porque una niña de 11 años insistía en ver a su tío?

—Por eso, por la matraquilla que tenía de ver a su tío, de ver a su tío...

—¿Me permite que sea sincero con ustedes?

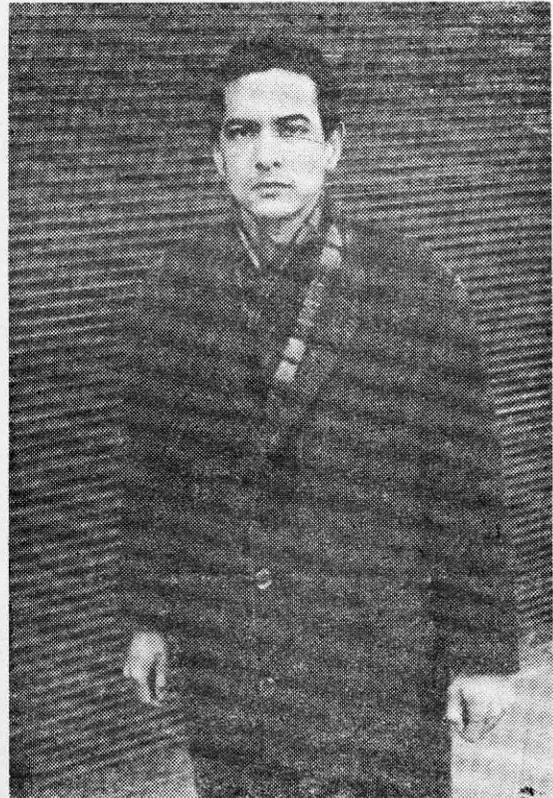
—Sí, señor.

—No me convencen.

IX

LO QUE YO ME PREGUNTO ES ¿QUE HAGO YO AQUI?

"Si yo se lo digo, usted no me va a creer: yo no entiendo qué he venido a hacer aquí". Es Angel Li Torriente, de padre chino. Tenía una pollería y la intervinieron. Después: "Bueno, no sé cómo cometí este error; si le digo la verdad, no sé".



"¿Pero qué cosa hago yo aquí?"

(Angel Li Torriente)

—¿Cuándo salió de Cuba?
 —El 13 de agosto del 70.
 —¿Presentó su solicitud para regresar?
 —Sí, señor.
 —¿Cuándo?
 —El 3 de noviembre del 70.
 —¿Qué hizo en Madrid desde que llegó?
 —Bueno, mire, yo hace cinco meses y medio que llegué aquí: trabajé cuatro días en el Hotel Plaza, en la cocina, fregando allí; hace poco estuve dando pico y pala en una empresa, pero no pude seguir porque me vinieron unos sudores y malestar y eso. Entonces me dijeron: “bueno, cuando se sienta mejor usted venga por aquí”.
 —¿Qué edad usted tiene?
 —33 años.
 —¿Qué hacía antes en Cuba?
 —Mi padre es chino y entonces tenía una pollería y un puesto de vianda; el viejo me dejó al frente del negocio; lo intervinieron; seguí trabajando en el mismo giro del MINCIN y después quitaron la pollería, porque era pollo vivo y me mandaron entonces a administrar tres unidades: un puesto de frutas, una pollería y una bodega. Y estuve trabajando ahí hasta el año 68.
 —¿Tiene su familia en Cuba?
 —Sí, sí: mi padre, mi señora y una niña de tres años.
 —¿Y qué lo decide a venir?
 —Bueno, mire, yo le voy a hablar sinceramente: es que yo me voy aquí y yo no puedo explicarme qué cosa hago yo aquí. Ese problema del pasaje me lo pusieron unos amigos: “te vamos a poner el pasaje para que vengas para acá”. Y en realidad yo me veo ahora aquí y sinceramente me pregunto ¿qué hago yo aquí?, porque he dejado mi familia allá, mi padre, y no quisiera que ellos se vayan nunca de Cuba.
 —¿Y quiénes le dieron el dinero del pasaje?
 —Amigos que pasaron por aquí para Estados Unidos: “mira, te voy a mandar 25, 30 dólares para que tú tengas para el pasaje, para que tú vengas si tú quieres. Sé que cometí un error, entonces ahora me doy cuenta de ese error que cometí y yo lo que pido nada más, dentro de lo que cabe, se me deje regresar a mi Patria.
 —Usted salió primero y después ¿pensaba mandar buscar el resto de su familia?
 —Yo dije: “bueno, yo llevo primero y veo qué cosa hay aquí”. Y al poco tiempo de llegar yo me pregunto, ¿pero qué cosa hago yo aquí? Y entonces me pasé preguntando, nadie me decía cómo se podía hacer una gestión para regresar a Cuba, entonces investigando, preguntándole a éste, preguntándole al otro, busqué la dirección del Consulado de Cuba y llené la planilla para volver.
 —Le confieso que hay muchas cosas que no entiendo: cuando usted salió de Cuba tenía 32 años, entonces no entiendo muy bien que un hombre de esa edad con una mujer y una hija diga que simplemente salió de Cuba porque recibió un pasaje para salir. Usted sabe que esto de las salidas en Cuba tiene una significación muy clara: se sale y es para no volver. Quiere decir que cuando usted toma una decisión de esa importancia no puede ser sólo porque tiene un pasaje sino una mo-

tivación más profunda, cualquiera que sea, ¿cuál era la suya?
 —Le digo que no tenía un motivo: yo todo lo que he hecho en mi vida es trabajar; en mi cuadra todo el mundo se llevaba bien conmigo, el mismo teniente con el que estuve trabajando en Inmigración me dijo: “tú eres un buen muchacho, ¿cómo te vas a ir para allá?”.
 —Y usted ¿qué contestaba?
 —“Es que mira yo, chico, me he metido en este problema sin saber. Me pusieron el pasaje unos amigos” y en sí como no hay un conocimiento cierto de lo que pasa aquí... porque, óigame, lo único que yo pido es que me dé una oportunidad de regresar a mi país, nada más. Cometí un error y quiero rectificarlo.
 —¿Pero usted qué venía a buscar aquí a España?
 —Usted sabe las cosas como son: usted está aquí y manda a decir para allá: “aquí se trabaja tanto, mandas a buscar a tu familia”; uno oye todo esos comentarios.
 —Usted venía, entonces, a buscar una vida más cómoda aquí.
 —No, pero, mire: yo en Cuba trabajaba, tenía un buen sueldo...
 —Sí, pero en Cuba hay escaseces, dificultades con la ropa...
 —Mire, yo quiero ser sincero con usted: yo me veo metido aquí y me pregunto ¿qué cosa hago yo aquí? Mi familia lejos. ¿Cómo ha sido posible que yo haya cometido ese error de venir para acá? Si yo sé sinceramente la situación de aquí, mi Patria no la dejo nunca.
 —¿Qué situación se encontró?
 —Imagínese: usted llega aquí y tiene que vivir de los dólares que le mandan de los Estados Unidos. Porque esos amigos después de ponerle el pasaje, ya cumplieron con usted, bueno y entonces... ¿Qué he venido a hacer aquí? ¿Cómo es posible que yo haya cometido este error? Y le he escrito cartas a mi familia: no sé cómo ha sido posible que yo haya dado este paso así.
 —Pero usted se lanzó a una aventura, usted sabía que el regreso era difícil o imposible.
 —Es que yo me he destrozado el sistema nervioso, yo tengo un tratamiento de pastillas para el cerebro. Si en Cuba nadie se metía conmigo, el administrador de mi Unidad era una excelente persona, tenía amigos, buenos amigos. ¿Cómo es posible que yo haya cometido este error?
 —¿Y usted sigue sin dar con las razones que le llevaron a cometer ese error?
 —Eso es lo que me tiene desbaratados los nervios: porque me canso de pensar de noche. ¿Cómo he caído yo en este vacío? ¿Qué cosa he venido yo a buscar aquí? Tengo la cabeza así, de este tamaño.
 —¿Ha vuelto a escribirles a esos amigos que tiene en Estados Unidos?
 —Sí, cuando llegué aquí les escribí y entonces me dijeron: “chico, nosotros no podemos ayudarte más”.
 —Y de lo que le escribieron en las cartas que le habían mandado antes, estimulándolo a salir ¿no le decían nada?
 —Ellos me dijeron a mí en la carta, por-

que me escribieron una sola vez: "Chico, nosotros para Cuba no podemos decir lo que pasa en Estados Unidos y lo que pasa allí, porque si no nadie saldría". Y yo les contesté: "¿Entonces qué cosa han hecho ustedes conmigo?". Yo desconocía este proceso de aquí, que sin dinero no se puede vivir.

—Y usted, ¿qué escribe para Cuba?

—Que no se mueva nadie de ahí. Porque yo le digo a usted que tengo los nervios, que ya no aguanto más... soy un hombre que pienso. ¿Cómo ha sido posible que haya caído en semejante cosa? ¿Cómo es posible que yo haya cometido este error que yo cometí? Y le digo a usted una cosa: yo lo único que deseo es que se me dé una oportunidad de regresar a mi país, porque ¿qué hago yo aquí?

X

LLEVO DOS AÑOS, DOS MESES Y TREINTA Y CINCO DÍAS

Siempre estuve vinculado al mundo del juego en la Cuba vieja, "pero como un empleado, haciendo las anotaciones en el frontón y esas cosas: trabajo administrativo, nada más. Después estuve en el INDER (Instituto Nacional de Deporte, Educación Física y Deportes) hasta que llegó el retiro.

Tiene 62 años y la madre, que está en Cuba, 79. "Hoy llevo dos años, dos meses y treinta y cinco días fuera de mi casa". Por más que se le insista no atina a explicar por qué se fue de Cuba: "Un capricho nada más; salí con la cabeza para abajo y los pies para arriba, como decimos los cubanos".

Llora, literalmente, por volver: "quiero ver a mi madre viva. Yo nunca me he metido en nada, se lo juro. Lo único que deseo es volver a mi casa, de donde no debía salir nunca. No puede usted imaginarse los trabajos que he pasado y los que estoy pasando".

XI

PORQUE ASPIRO A VIVIR COMO DEBE VIVIR UN HOMBRE

Era seminarista. Salió de Cuba en 1961 para continuar sus estudios eclesiásticos en España: "No hice la experiencia que, por mi vocación, esperaba". Colgó los hábitos, se casó, tiene una situación económica desahogada, pero quiere regresar a Cuba, un país "donde el hombre está antes que todo".

—¿En qué seminario usted estudiaba en Cuba?

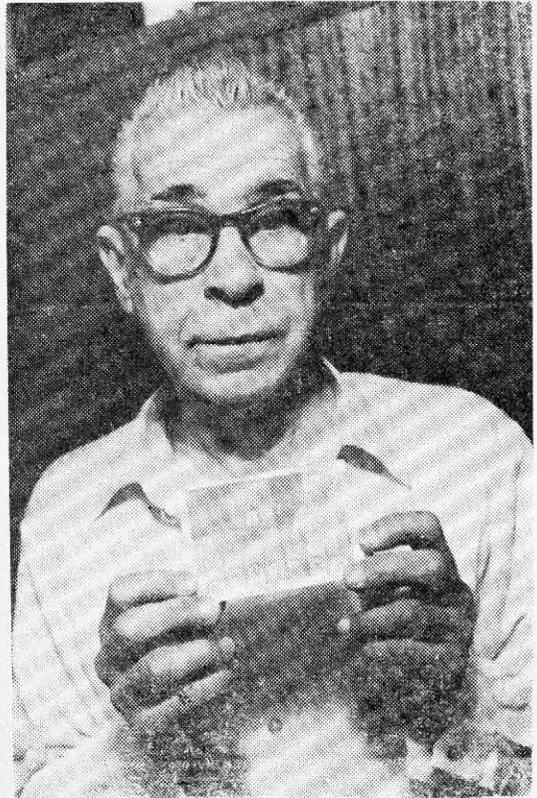
—Yo estaba en el seminario del Cobre. Yo soy de San Germán, Oriente.

—¿Cuáles son las razones que lo traen a continuar sus estudios en España?

—Bueno: yo diría que el cambio de la situación política que se produce a partir del 59. En principio iba a ir a los Estados Unidos.

—Ese cambio de política ¿afectaba la continuación de sus estudios en Cuba?

—Yo creo que no, pero en ciertas esferas hubo mucho desconcierto. Aunque yo tenía entonces 14 ó 15 años nada más, captaba



"Un capricho nada más; salí con la cabeza para abajo y los pies para arriba".

(Enrique Fernández)

aquel ambiente del Seminario: "esto es como habíamos pensado; esto es comunismo", ya sabe usted. Decían: "el Seminario se va a cerrar" (cosa que no ha sucedido), pero esas eran las cosas que se decían entonces.

—Cuando usted llega a España ¿en qué Seminario estudia?

—En el de Málaga; hasta que salí del Seminario en el año 65.

—¿Qué experiencia hizo en Málaga?

—Una experiencia mala y lo único que tiene de positivo es que fue para mí un rebote para salir del Seminario.

—¿Mala? ¿Por qué?

—Porque aunque la Iglesia, creo yo, tiene las mismas virtudes y los mismos defectos en todos lados, cambia algo con las circunstancias. El Seminario de Málaga, por lo menos en aquella época en que yo estaba, era completamente cerrado; ya no le digo sobre problemas de tipo social, que a mí no me preocupaban en aquel momento; cerrado en cuanto a disciplina, en cuanto a las normas internas de la comunidad. Entonces dejé el Seminario.

—Para usted, que tenía una vocación definida, esta decisión le tiene que haber significado una crisis importante. ¿Cómo se manifiesta esa crisis y cómo la resuelve?

—Bueno, vamos a decir que desde ese momento me deshice de una serie de ideas que

yo creía verdaderas o que me presentaban como verdaderas y luego vi que eran falsas.

—¿Y qué hace después?

—Yo tenía dos alternativas: marcharme a Estados Unidos, como hacen todos, o quedarme aquí. De quedarme aquí tenía otra alternativa: estudiar o ponerme a trabajar o tratar de compaginar las dos cosas. Para estudiar tenía que solicitar beca y todo ese jaleo y yo quería independizarme de todo. Y para independizarme tenía que buscar trabajo y luego el estudio tenía que venir en un segundo término, si me quedaba tiempo; y ese es un problema que no pude solucionar nunca. Luego conocí a una muchacha, me casé y claro, el estudio pasó a un tercer plano.

—¿En dónde trabaja ahora?

—En una oficina.

—¿Cuánto gana?

—Once mil pesetas.

—¿Es un buen sueldo?

—Bueno: para los niveles de los sueldos aquí, sí.

—Quiere decir que su decisión de volver a Cuba no se debe a razones de tipo económico.

—No, todo lo contrario.

—¿Cuáles son esas razones?

—Bueno, en primer lugar porque yo me fui de Cuba, pero nunca me planteé no regresar a ella. Usted se preguntará por qué yo no regresé a Cuba en seguida de dejar el Seminario. ¿Verdad?

—No, porque pienso que ese es un proceso que cada uno cumple a su manera.

—Exactamente. Yo entonces no estaba claro, ni mucho menos. Tenía que cumplir un proceso, porque en Cuba había un problema que había que comprenderlo y aceptarlo para poder volver.

—¿Cómo usted cumple ese proceso?

—Bueno, mire, no es por razones de estudio, porque yo de estudio no tengo más que un bachillerato; no es problema de ambiente, porque el ambiente lo lleva a usted a pensar todo lo contrario.

—¿Entonces?

—Usando mi cabeza, si usted quiere. Juzgando la situación cubana con mis luces. Y he concluido que yo acepto la Revolución y que no alcanza con aceptar las cosas, que hay que ser consecuente con ellas y entonces queda un solo camino: irse para allá. Pero quiero decirle con toda honestidad que tengo mis temores.

—¿Qué tipo de temores?

—Temores en el sentido de que por mucho que yo me haya sacado de arriba, tengo todavía una serie de condicionamientos que no me permitan funcionar bien allá. Ya no se trata de entrar o no entrar; se trata de in-

tegrarse; ese es mi interés. Pero creo que tengo que arriesgarme y me arriesgo.

—¿Frente a qué factores concretos de la realidad cubana siente usted especial preocupación en cuanto a su adaptación?

—Bueno, vamos a ver. El trabajo. Yo sé que trabajar puedo hacerlo y en lo que sea necesario, hasta si es cortar caña. Al contrario, una de las desilusiones más grandes que yo he pasado es que en la zafra última no haya podido estar cortando caña en Cuba. ¿Integrarme a la milicia? Tampoco para mí es problema, porque lo veo claro, una cosa necesaria. ¿La escasez que pueda haber? a mí me tiene sin cuidado.

—¿Entonces?

—El problema gordo que yo veo es que cuando yo llegue, los cubanos que están allí han evolucionado y yo no he evolucionado por lo menos al ritmo de ellos. Entonces yo cuando vaya ahí no voy a ir con la idea de que soy más revolucionario que ellos; eso es mentira. ¿Que he tenido más inconvenientes para evolucionar? Es verdad; pero yo he evolucionado menos que ellos. Son dos cosas distintas. Entonces, ¿qué va a pasar? Que las personas que me rodeen a mí no van a pensar igual que yo. Y entonces la forma que veo yo es la de comprendernos, la de que ellos me ayuden a una evolución que, como usted comprende, yo no he podido llevar más allá.

—¿Qué piensa usted del sistema capitalista?

—Bueno, yo no soy ningún teórico. Yo, lo que puedo ver es que es un sistema donde los pobres, los que estamos abajo, los trabajadores que somos los que realmente estamos haciendo la economía y estamos haciendo el desarrollo; no contamos para nada, no somos partícipes del fruto de nuestro trabajo sino que se aprovechan de él cuatro señores. Y no estoy de acuerdo con los que dicen: "es por fulano o zutano que nos gobiernan". No, señor, es producto de un sistema que es esencialmente injusto.

—Y del socialismo, ¿qué usted espera?

—Que defiende unos valores que están por encima de los valores del dinero y que en el capitalismo están pisoteados. Yo considero que antes que nada está el hombre, el hombre y sus necesidades. El hombre que necesita el trabajo, ya no como una obligación, sino como un derecho, que necesita cultivarse, recibir atención médica.

—Y por lo que usted sabe de Cuba, ¿cree que se está haciendo esto?

—Sí, yo creo que en Cuba el hombre está antes que todo.

ERNESTO GONZALEZ BERMEJO



La UNCTAD: mito y realidad

"Si no queremos hacer naufragar esta Conferencia, debemos mantenernos rigidamente dentro de los principios".

Ernesto Che Guevara, discurso ante la UNCTAD I, en Ginebra, 1964.

El hecho que el gobierno chileno haya conseguido obtener y mantener a Santiago como Sede de la Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo (UNCTAD-III), a celebrarse en abril-mayo de 1972, constituye, sin duda, un éxito diplomático para el gobierno de la UP.

Sin embargo, por ser Chile el país sede de este evento y dado el creciente interés y curiosidad mundiales que el proceso político chileno ha despertado, y en especial el prestigio que el país está adquiriendo por su resuelta y progresista política de nacionalización de sus riquezas básicas, ello puede —de contrabando— comunicarle un inmerecido prestigio a la UNCTAD ante los pueblos explotados de los países dependientes, atribuyéndole a este evento más trascendencia y posibilidades de las que objetivamente tiene.

En el plano nacional, las frecuentes alusiones oficiales a la UNCTAD-III, unido a las diarias y optimistas declaraciones de los publicistas y organizadores del evento, encabezados por Felipe Herrera, así como la admiración que despierta la rapidez y eficiencia con que obreros y técnicos chilenos levantan el imponente edificio que la cobijará, están, todos estos hechos, contribuyendo engañosamente a mejorar la imagen de la UNCTAD, distorsionando y disimulando su verdadero carácter, pudiendo esto confundir al pueblo chileno y hacerlo cifrar en ella demasiadas e infundadas esperanzas (1).

Pese a los esfuerzos en contrario de algunos países, la UNCTAD nació en Ginebra en 1964, inspirada en concepciones desarrollistas y mendicantes, las que también predominaron en 1968 en Nueva Delhi (UNCTAD-II), y se imponen hasta hoy en el Secretariado, así como en la propia Comisión Organizadora de UNCTAD-III. No por casualidad se designó a Raúl Prebisch, pionero del desarrollismo "made in CEPAL", como Secretario General de la UNCTAD. (Sobre CEPAL y su mercadería reformista, véase A. G. Frank, **Punto Final**, N° 89).

Las dos anteriores reuniones de UNCTAD, sin embargo, tuvieron el mérito de ofrecer tribuna y resonancia a los planteamientos revolucionarios de algunos países "subdesarrollados", en especial de Cuba, aparte que se lograron imponer algunos acuerdos, en la esfera del comercio internacional, a los países capitalistas desarrollados. Sin embargo, pese al carácter jurídico y/o moral de tales



CHE GUEVARA: presidió la delegación cubana a la UNCTAD-I.

compromisos, ello no ha sido obstáculo para que los países capitalistas desarrollados, sobre todo Estados Unidos, los hayan transgredido cínicamente las veces que han querido, como la reciente alza del 10 por ciento en las tarifas aduaneras para las importaciones norteamericanas, decretada por Nixon.

Si bien no cabría esperar de Prebisch y su equipo, todos pesos pesados del desarrollismo, una postura revolucionaria y clarificadora sobre la UNCTAD, existe sí el derecho de exigir una actitud más consecuente y rigurosa sobre la UNCTAD de los personeros del gobierno, independientemente de los "buenos modales" que nos impone la condición de país anfitrión.

De ahí la extrañeza que causó escuchar, en boca de personeros del gobierno, en el seminario "Pasado, Presente y Proyecciones de la UNCTAD" (que organizó el Departamento de Extensión de la Universidad de Chile), afirmaciones tales como que "los países subdesarrollados, el Tercer Mundo, controlan la UNCTAD", o que el "enfrentamiento debe ser entre países desarrollados y países subdesarrollados".

A nuestro juicio tales afirmaciones, en lo general, pecan de ingenuidad y prescinden de todo análisis científico de clases de la correlación de fuerzas mundiales y de la naturaleza de las contradicciones que existen entre los países capitalistas imperialistas y los países capitalistas atrasados y dependientes.

Independientemente del eufemismo que implica hablar de "países subdesarrollados" y de países del "Tercer Mundo" (terminología engañosa que fue acuñada para ocultar el carácter de países explotados, atrasados y dependientes, pero que forman parte del mundo capitalista), creemos que también es equivoco hablar del "bloque" de países subdesarrollados, o Grupo de los 77.

En efecto, si bien existen condiciones objetivas de explotación, atraso y dependencia más o menos similares en todos los países

(1.) El propio letrero, colgado de los andamios del futuro edificio de la UNCTAD en Santiago, es inductivo a error. Dice: "Aquí se reunirán representantes de 139 países, venidos de los cinco continentes, para vencer el subdesarrollo".

subdesarrollados, no es menos cierto que la situación difiere desde el punto de vista de los intereses de las clases dominantes de estos países. Así, la oligarquía gobernante en la gran mayoría de los países de Asia, África y América latina ha comprometido los intereses nacionales por los suyos, a costa del atraso y la dependencia de sus países. Ejemplo típico de esto es la "chilenización" del cobre del gobierno de Frei, o la política de puertas abiertas al capital extranjero de Brasil, Indonesia, etc.

El hecho de que sean estas clases dominantes, dependientes y aliadas de los intereses imperialistas las que representan a la mayoría de estos países, explica el carácter reformista y mendicante de la gran mayoría de los acuerdos de las dos UNCTAD anteriores.

Nada hace pensar pues, salvo un milagro, que la situación será sustancialmente distinta en la UNCTAD-III, aunque es efectivo que la situación mundial actual, sobre todo por el deterioro y debilidad crecientes del imperialismo norteamericano, autorizan una cuota algo mayor de optimismo.

Las constantes y agudas contradicciones que operan en el seno del "Grupo de los 77", producto de la naturaleza de clase descrita, que posibilita el soborno que practican las potencias capitalistas, a través del otorgamiento, por ejemplo, de preferencias verticales u otras medidas del género que hacen a las oligarquías locales disputarse entre sí "las migajas en el festín de los poderosos", son otra constatación palpable del carácter vacilante del "Grupo de los 77", realidad que no debe olvidarse si se desean evitarse peligrosas frustraciones. Una prueba más de ello es el reciente rechazo a la solicitud de Cuba para ingresar a dicho Grupo de países subdesarrollados.

LAS PROFÉTICAS PALABRAS DEL CHE GUEVARA

Cuanta razón encerraban las proféticas palabras del Comandante Ernesto Che Guevara, quien encabezando la delegación cubana a la UNCTAD-I, dijo en Ginebra en 1964:

"¿Y, los imperialistas, se quedaron cruzados de brazos? No. El sistema que practican es el causante de los males que padecemos; pero tratarán de robustecer las causas con alegatos fraudulentos, en lo que son maestros. Tratarán de mediatizar la Conferencia y desunir el campo de los países explotados ofreciendo migajas... Tratarán de que pierda importancia frente a otros eventos por ellos convocados o que se llegue a un final sin definiciones concretas.

Por todos los medios tratarán de mantener la vigencia de los viejos organismos internacionales que también sirven a sus fines, ofreciendo reformas carentes de profundidad...

Y, por último, alegarán que la culpa del subdesarrollo la tienen los subdesarrollados".

A juzgar por los débiles resultados obtenidos en la UNCTAD-I (1964) y II (1968), en

gran parte, las predicciones cubanas y del Che, resultaron proféticas.

¿QUE SE ESPERA DE LA UNCTAD-III?

1. En suma, aunque la correlación política y económica mundiales es más favorable ahora que en 1964 y 1968, nada autoriza seriamente para esperar de la UNCTAD-III, resoluciones y acuerdos de decisivo beneficio para los pueblos de los países dependientes y atrasados.

2. En todo caso, esta será una tribuna importante para reiterar enfoques revolucionarios sobre las verdaderas causas, internas y externas, del "subdesarrollo", desenmascarando, de paso, las tesis reformistas, mendicantes y desarrollistas que, objetivamente, favorecen al imperialismo.

3. Sobre todo, debería ser un foro antimperialista que permita avanzar en el proceso mundial y nacional de clarificación y lucha contra el fenómeno imperial.

4. Será una buena oportunidad para que los países socialistas europeos superen sus anteriores vacilaciones en estos eventos y se coloquen decididamente al lado de los pueblos explotados, consecuentes con lo que Che Guevara llamó "el deber moral de estos países de liquidar su complicidad tácita con los países explotadores del Occidente" (2)

5. Que el éxito diplomático y político que significó para el gobierno chileno obtener y mantener a Santiago como sede de esta Conferencia, no puede ni debe impedir que por razones de mal entendida hospitalidad, no se inicie cuanto antes un clarificador y franco debate sobre la verdadera naturaleza y alcances de UNCTAD-III.

6. Por último, si nuevamente "los grupos de naciones subdesarrolladas, respondiendo al canto de sirena de los intereses de las potencias desarrolladas que usufructan de su retraso entran en luchas estériles entre sí por disputar las migajas en el festín de los poderosos del mundo y rompen la unidad de fuerzas numéricamente superiores o no son capaces de imponer compromisos claros, desprovistos de cláusulas de escape sujetas a interpretaciones caprichosas o simplemente violables a voluntad de los poderosos, nuestro esfuerzo habrá sido baldío y las largas deliberaciones de esta Conferencia se traducirán solamente en documentos inocuos y en archivos en que la burocracia internacional guardará celosamente las toneladas de papel escrito y los kilómetros de cintas magnetofónicas en que se recojan las opiniones verbales de los miembros. Y el mundo seguirá tal como está". (3)

- (2.) Ernesto Che Guevara, Seminario Económico de Solidaridad Afro-asiática, Argella, febrero de 1965.
- (3.) Ernesto Che Guevara, discurso como Presidente de la Delegación Cubana a la UNCTAD-I, Ginebra, marzo de 1964.

